

El sol tiene un animal que no calma

Esther Ramón

Hay animales, como el perro, que –cargados de simbología– acompañan al hombre en su devenir, incluso más allá de la muerte. Así, como fiel cancerbero, «el perro es acompañante del muerto en su viaje nocturno por el mar»¹, «guardián de la puerta del más allá, cerbero, sacrificado a los muertos para servirles de guía incluso en el otro mundo»².

En *Mundar* –la palabra híbrida que da título al último libro del reciente Premio Cervantes, Juan Gelman, palabra terminal o recién creada, que sugiere un recorrido por el mundo, que se encuentra también próxima a la acción de mudar, o de acabar, o verbalizándolo en el sentido, también, de trocar el sustantivo en verbo, de rendirle cuentas a ese mismo mundo,– «los que aúllan/ con imágenes tristes/ lindan con un perro que muere».

Y si el perro muere, aullando como los locos en su encierro lleno de imágenes, quién acompaña.

«Matan al perro/ en mi memoria siempre./ ¿Quién le da de comer?»

Y si lo matan, y si no lo alimentan, quién custodia, quién nos es fiel, quién guarda nuestras casas, quién servirá de guía a nuestros muertos.

«Se apagaban los brazos,/ los perros en el fondo»

Y si brazos apagados ya no sostienen las luces del guía, ¿no se habrán perdido los que con él debían partir? Y nosotros, sin él, ¿a dónde arribaremos?

Juan Gelman: *Mundar*, Ed. Visor, 2008.

¹ Cirlot, Juan Eduardo: *Diccionario de símbolos* (Siruela, Madrid, 1997).

² Biedermann, Hans: *Diccionario de símbolos* (Paidós, Barcelona, 2004).

Nos queda el sol, mirarlo de frente en busca de respuestas, e inmediatamente después proyectar nuestro anhelo en otros objetos y personas, que marcamos así –por un efecto óptico– con puntos negros. Pero «el sol tiene un animal que no calma».

Entonces, a medio camino entre la oscuridad de un ultramundo sin linternas y el sol que enceguece³, otra búsqueda, tal vez sobre la grupa de unas monturas que –en el vértigo de la velocidad y del trasiego hambriento que recorre– podrían desfogarse y soltar los lastres más pesados para alcanzar la gracia del vigor, de la ligereza. En *Mundar*, los caballos galopan –a qué precio– la herida cada noche. Y sus «furias que no se van» se resumen en un «caballo fijo/ en una pampa ciega».

Quizá los pájaros, la elevación viva y esforzada de su vuelo. De la gran pajarera del mundo, para mundar, el poeta se fija en primera instancia en el espacio libre que alcanza momentáneamente sobre el cielo un pato salvaje (tan codiciado por los cazadores) y ocurre la esperanza, o un sencillo milagro de intacto paralelo:

«En medio de su olvido ocurre/ la grandeza del mundo en la/
fuga del pato salvaje./ Y cómo vuela la criatura, cómo/ escribe
trecho a trecho fuego/ en la forma invisible/ que apuesta con-
tra él./ Eso es volar y los espacios/ de lo que triste era, rocan/
un todo pequeñito./ Ave pájaro que/ cruzás el cielo como una
ilusión/ de lo que fue no sido/ bajo el sol que no hace pregun-
tas.»

Sin embargo, donde se estrecha el espacio, suceden los vuelos atorados de lo nunca acaedido (o de lo nunca dicho), abriendo paisajes inéditos: «Hay un recuerdo/ mordido por la alondra/ que no voló por mi garganta./ Sube entre el espejo y el ojo/ un día claro del fondo desierto.» Sucede también que, en lo angosto de lo nunca encontrado, «cuando pasan a la/ distancia por un cola-

³ «Como animal originariamente misterioso, [al caballo] se le relacionó muchas veces con el mundo de los muertos y se le subordinó a éstos, pero posteriormente, a causa de su rapidez y capacidad para el salto ascendió también a la categoría de símbolo solar o a la de animal de tiro del carro celeste ...» (Íbid.).

dor/ quedan muchos pájaros/ en el colador. Pájaros de/ ida y de vuelta, pensamientos/ que no se quieren acostar./ (...)lo no encontrado canta/ sin terminar. Los pájaros/ cambian de vida/ y preguntan lo mismo siempre.»

El benjaminiano ángel de la historia, como un pájaro empeñado siempre en mirar hacia atrás. O la noche oscura de San Juan, no salvada, sino sobrevolada, a ras de sombra.

Allí donde incluso el roce del ave más delicada, de la más frágil, es capaz de arrancar el dolor: «Y cómo el roce de un gorrión/ te puede herir y el cuerpo/ se pone de revés.»

No sólo animales para mundar, también personas, y recuerdos, y amor.

De fondo, algo más sólido, en apariencia, más perecedero, la piedra. «La piedra de la palabra/ es un cuerpo solo.» Palabra-hueso, lavada por las lluvias sucesivas, lo que queda, lo que sobrevive, partícula enfriada, alejada del sol.

Empuñarla o dejarla caer, y que le pasen por encima las ruedas de los carros, los rayos y las sucesivas estaciones, una tras otra. Porque ya no hay guías –como el perro que debería guardarnos y conducirnos, como al buen rebaño, más allá de los límites, y que sin embargo yace muerto o moribundo–, sino sólo huellas o estelas, dotadas de la memoria de las sucesivas glaciaciones y deshielo que cambian la polaridad de esa piedra. Piedra que es el hueso más duro del fruto.

Que es el animal que no sana, que apenas canta, herido por el sol ©